



**47**  
**Libro de recepción de los Colegiales y capellanes del Colegio Mayor de San Ildefonso 1508-1786**

Copia manuscrita de 1792, en papel,  
240 x 320 x 40 mm.

Archivo Histórico Nacional, Univ. 1233 F.

Los libros de recepciones de colegiales tenían por misión dejar constancia de los alumnos que habían disfrutado de beca y conseguir que perdurasen, no sólo las piedras de los edificios, sino también la memoria de los nombres y méritos de los colegiales. Con ello se conseguía, además de servir de ejemplo a los colegiales recién ingresados, ampliar la fama de estas instituciones benéfico-docentes. Empezar y continuar estos libros que abarcan decenas de años era costumbre seguida en todos los colegios mayores (en los cuatro de Salamanca, el de Santa Cruz de Valladolid, el de San Clemente de Bolonia y, el aquí presentado de San Ildefonso de Alcalá). Por extensión, también se hicieron en los colegios menores y se conservan de Alcalá el de Santa Catalina Mártir, el de San Ciriaco y Santa Paula, el de La Madre de Dios y el de los caballeros Manriques.

Ser colegial, y más si se era del mayor de San Ildefonso, significaba mucho más que simplemente disfrutar de una beca, que cubría todos los gastos de la vida durante los años universitarios. Estas becas eran un verdadero salvoconducto y trampolín para continuar prometedoras carreras profesionales ya fuese en la administración civil, judicial o en la carrera eclesiástica. Gracias a solidaridades de tipo de

parentela, geográficas o las que se tejían en los años de convivencia en el colegio, los colegiales mayores, como así fue, estaban llamados a ocupar las altas instancias del poder en la Monarquía de los Austrias y de los Borbones. Ser colegial era sinónimo de poder e influencia.

El original de este libro, que se conserva en la Biblioteca del Palacio Real de Madrid, pasó por curiosas vicisitudes, relatadas por historiadores locales alcaláinos como Demetrio Calleja, pues sirvió como base para que un herrero de Alcalá herrase a las cabalgaduras; del trágico destino que le esperaba se salvó gracias a la intervención del erudito Martín de Esperanza. Consta de 503 páginas, aunque sólo están utilizadas 317, más el índice onomástico. El ejemplar aquí presentado es una copia resumida del anterior y fue elaborado a finales del siglo XVIII en plena reforma carolina y se conserva en el Archivo Histórico Nacional. En la Real Academia de la Historia, colección Pellicer, se conserva otro ejemplar que se complementa muy bien con éste, pero sólo abarca hasta mediados del siglo XVII.

En la elaboración de estos libros se ponía un especial cuidado, no sólo en la parte académica, sino que se seguía la carrera profesional de los antiguos colegiales hasta su muerte. A veces eran ellos mismos los que enviaban datos sobre sus logros junto con donaciones en forma de cuadros, libros y dinero como reconocimiento a la institución que los había albergado durante los años juveniles de estudio. En cambio, otros estudiantes no tuvieron tanta suerte y murieron en los años de beca.

Estos libros tanto por su amplitud temporal, éste en concreto desde 1508 a 1786,

como por la riqueza de la información proporcionada son una fuente de investigación rica y fidedigna; sólo se encuentra a algún colegial díscolo, cuyo nombre no fue registrado o fue expresamente borrado. Estos catálogos de colegiales tienen valor como instrumentos auxiliares de investigación, pues permiten investigaciones de tipo biográfico, genealógico y prosopográfico; los datos sistematizados son muy útiles para reconstruir las generaciones de colegiales y por extensión las estructuras de poder de la época.

El libro se organiza en registros ordenados por orden cronológico de entrada de colegiales y contiene el nombre completo, la fecha de ingreso, el lugar y diócesis de nacimiento, tipo de beca (de voto, porcionista, de baño, capellana, etc), los títulos académicos conseguidos, cargos públicos ocupados con su fecha y en algunos la fecha de su muerte; en casi ninguno aparece la fecha de nacimiento. Los colegiales más importantes son calificados con halagos como “murió en loor de santidad”, “de recordada memoria”, “famoso predicador”, “célebre escritor teólogo”. Aparecen los nombres de un santo (Sto. Tomás de Villanueva), decenas de obispos, consejeros de casi todos los Consejos de la época, inquisidores, oidores, etc. Son cerca de 1250 referencias. Los registros del siglo XVI están escritos en latín. La nómina de personajes famosos sería prácticamente tan larga como el propio libro, lo que hace imposible su resumen. Los primeros colegiales son Antonio de la Fuente y Pedro del Campo.

Luis Miguel Gutiérrez Torrecilla